

## Miguel Serrano Larraz

### **Cuántas cosas hemos visto desaparecer**

Una novela sobre las ilusiones perdidas y un pueblo que desaparece, sobre una m

*Candaya Narrativa, 70*

Primera edición: diciembre 2020  
Diseño de la colección: Francesc Fernández  
Imagen de cubierta: Tatiana Abellán

ISBN: 978-84-18504-18-1  
21x14 cm; 288 págs.  
PVP: 17€



#### **FRAGMENTO DE *CUÁNTAS COSAS HEMOS VISTO DESAPARECER***

DICE LA VOZ DE BERTA: No te vas a creer lo que me ha pasado, Sonia, no te lo vas a creer. ¿Es muy tarde? ¿No? ¿Segura? ¿Puedes hablar? No, no mucho, te lo juro, es un minuto. ¿Qué tal estás? Vale, vale, voy. A ver, te cuento, no sé ni por dónde empezar. Resumo. Es algo que ha pasado esta misma tarde, a las seis o así, estaba leyendo en el sofá y he tenido una revelación. ¡Una revelación! Ya sé qué es lo que nos fallaba en las cuentas, en la concepción general del proyecto, por dónde seguir. ¿Cómo te quedas? Lo he comprendido todo de repente, lo que no habíamos sido capaces de comprender hasta ahora, el detalle que nos faltaba. Cómo hemos podido ser tan imbéciles. ¿Estás atenta? Escúchame bien. Lo tengo todo apuntado, las ecuaciones, cuando nos veamos te las enseño, por eso te llamo a estas horas, tan tarde, llevo un montón de rato dale que dale, quería asegurarme de que lo que he descubierto se podía formalizar. Mira, ya te he dicho que yo estaba tumbada en el sofá, leyendo, con la tele puesta. Echaban un partido de tenis de un torneo, en Argentina, jugaban un español y un alemán. ¿Nadal? No, creo que no, otro, uno que lleva así media melena, más rubio, a Nadal lo conozco. Más joven, creo. Pero da lo mismo. El alemán también era rubio, un poco más rubio que el español, como tiene que ser. Lo importante es que era en Argentina, eso es seguro. Yo estaba muy metida en el libro, un libro sobre partículas subatómicas, pero ya sabes que me gusta tener de fondo el sonido de una conversación, cuando leo, me mantiene alerta, y los comentaristas deportivos son los mejores para eso, siempre me activan alguna parte del cerebro, a lo mejor es el deporte mismo, el movimiento, de un lado para otro, y el tiempo, esa fijación de los periodos, o a lo mejor son las puntuaciones, yo qué sé. Aunque el tenis es distinto, menos sistemático, menos rígido que el fútbol o el baloncesto, pero en general me sirve también. Con las noticias me despisto, o con los cotilleos. En el tenis hay una lógica perversa, inesperada. Quince, treinta, cuarenta, nunca lo he entendido muy bien. Con el ciclismo tampoco sabes cuándo va a terminar, en qué instante, a qué hora, pero al menos hay una meta, un punto de

llegada, una cruz en el mapa. Bueno, espera, me centro, allí, en Argentina, era por la mañana, o a mediodía, claro, no sé cuál es la diferencia horaria exactamente, imagino que cinco horas, o seis, el dato no es tan importante, pero de todas formas luego lo busco. El caso es que allí, en el partido de tenis que echaban por la tele, era aún por la mañana, o mediodía, y aquí, en mi casa, en mi sofá, era por la tarde, la última hora de la tarde, y yo estaba tumbada y de repente he notado una especie de cosquilleo en los ojos, o en la frente, en el entrecejo, y he levantado la vista, casi nada, unos centímetros, y me ha deslumbrado un reflejo del sol. Un reflejo extraño, porque las ventanas de mi salón dan al este. Tú aún no has estado en el piso nuevo, pero es un tercero, y da al este. Esos datos sí son importantes. No son decisivos, pero son importantes. Bueno, en realidad la ventana da al noreste, pero eso no importa, no cambia nada. ¿Cómo podía ser que me estuviera entrando el sol por la ventana, por una ventana que da al este? ¿Por la tarde? El piso tiene mucha luz por la mañana, pero por la tarde no, claro, nunca. Entonces me he dado cuenta de que el sol se reflejaba en una ventana del edificio que tengo enfrente, un edificio que se ve desde mi balcón y que está, por lo tanto, en el este, o en el noreste, y por el ángulo, o lo que sea, había un rayo hijoputa, muy concentrado, que entraba justo en el apartamento, en mi salón, directo a mis ojos. O sea, el sol se está ocultando por el oeste, ya está muy bajo, y los rayos salen a ras, todo a ras, disparados, potencia pura, casi paralelos al suelo, como cuando tiras una piedra en el río para que salte, para que rebote, y resulta que los rayos que llegan del oeste se reflejan en el séptimo piso del edificio que tengo enfrente, en el este, o en el noreste, y me golpean en la cara, en mi piso que está en un tercero. No me había pasado nunca, o no me había dado cuenta, a lo mejor es una de esas cosas que suceden solo una vez al año, como en el templo ése egipcio, el que trasladaron los rusos cuando construyeron la presa de Asuán. ¿Te acuerdas que había un libro sobre eso en la biblioteca? Esa era una de las pruebas de que los egipcios tenían relación con los extraterrestres, el templo. Eso decía Magno, por lo menos, que cómo iban a construir los egipcios algo tan preciso si no les había ayudado una civilización más avanzada, de otro planeta. ¿Cómo se llamaba el templo? ¿Tú te acuerdas? Eso, Abu Simbel. Bueno, pues a lo mejor mi piso es como Abu Simbel. A lo mejor no lo planeó un arquitecto catalán, sino los habitantes de Alfa Centauro. Ya le preguntaremos a Magno. A partir de ahora lo voy a llamar como el templo, a mi apartamento, a mi piso, como prefieras. Abu Simbel. Cuando invite a alguien a casa le diré: Vente a Abu Simbel. Nos lo vamos a pasar de puta madre tú y yo en Abu Simbel. Vale, sigo. La luz casi me cegaba y he pensado: Esto tiene que querer decir algo, esto es una señal. Como esos chorros de luz que atraviesan las nubes en algunos cuadros religiosos, y justo alumbran la cara del santo, o del mártir, lo que sea, creo que eso tenía un nombre, un nombre específico. ¿Lo sabes? Sí, mujer, era solo una palabra. No, no es epifanía, epifanía es otra cosa, lo de los reyes magos. Hablo de un término artístico. Da lo mismo. En mi caso no podía ser una señal divina, porque no creo en ninguna divinidad, pero sí podía ser una llamada de atención, yo qué sé, del universo, o una proyección de mi cerebro, una proyección que afectase al mundo de algún modo: Atenta, Berta, no te nos despistes, no estás a lo que estás. Porque yo unos segundos antes, tumbada en mi sofá, estaba leyendo precisamente un capítulo sobre cómo reflejar partículas subatómicas en una especie de espejos, en un medio enrarecido, en un medio muy denso, en un medio con muchas más partículas, para que superen la velocidad de la luz. No son espejos, pero para que lo entiendas. Y entonces, cágate, estaba yo pensando en qué querría decir esa señal, esa iluminación, una iluminación literal, con luz, con un montón de fotones que golpeaban mi retina, y miro un momento la tele con los ojos entrecerrados y lo veo allí, en la pantalla, o en Argentina, que venía a ser lo mismo en ese momento. Allí en medio, el sol. En el partido de tenis, en la retransmisión, estaban en un descanso o algo y la cámara ha hecho un barrido por las gradas y allí al fondo se veía al cabronazo del sol, como si la cosa no fuera con él. Con esa indiferencia que tiene el sol. Y he pensado: Es el mismo sol. El sol de otoño que me llega reflejado en la ventana de enfrente, al este, a pesar de que está anocheciendo aquí en Barcelona, y el sol de primavera que me llega por este otro medio, la televisión, desde el lado opuesto, en Argentina, es el mismo, el mismo sol. Y eso quiere decir que... ¿Sonia? ¿Sonia, estás ahí?